

En Gran Canaria

3-56

("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 8 setiembre 1910).

## EN GRAN CANARIA

(Para LA NACION)

LAS PALMAS (Gran Canaria), agosto de 1910.

Esta ciudad de Las Palmas poco, muy poco tiene de interés para los que vamos buscando emociones que nos aren por dentro del espíritu. Ha crecido mucho, se ha ensanchado, se ha embellecido según critican la belleza los comerciantes y los turistas por aburrimiento, tiene un puerto magnífico. Todo esto está muy bien, sin duda.

Aquí, en el puerto de la Luz, en el puerto de las Islas, hizo parada Colón cuando iba al descubrimiento del Nuevo Mundo. Proponíase dejar la carabela Pinta, cuyo timón estaba fuera de sitio, cambiándola por otra. No pudo lograrlo. Por entonces Alonso de Lugo se preparaba a la conquista de la isla de la Palma. Y Colón se despidió aquí del viejo mundo, y partió para el desconocido, que tanta influencia había de tener en el porvenir de estas islas. Porque ellas no son ante todo y sobre todo sino una avanzada de Europa, de España sobre América y una avanzada de América sobre Europa, sobre España, y sobre África. Son un mesón colocado en una gran encrucijada de los caminos de los grandes pueblos. En el descanso del viaje uno entra a pasar una noche, otro a tomar un refrigerio, otro a pisar tierra firme. Lo malo es que no tienen tiempo de internarse; el buque espera. Y así solo ven la ciudad, el puerto. Es como en estas *narradas en los antiguos mesones o ventas*

mientras mudaban el tiro de caballerías. El viajero podía estirar las piernas, tendérse acaso en un lecho, tomar un restaurante, pero no le daba tiempo a ir al vecino soto, a tenderse en el césped junto a un arroyo y oír cantar los pájaros. Y aquel encantador vallecito de que le hablaban caía muy lejos; el mayoral hacía ya restallar el látigo y los caballos de refresco piafaban. Habis, pues, que continuar el viaje.

Y lo interesante aquí, en esta isla de la Gran Canaria, está en el interior, está en las dos grandes calderas de este enorme volcán apagado hace siglos.

Subí a Teror, un pueblecito de singular sosiego, que me recordó alguno de los pueblos del Miño portugués. Si no fuese por las palmeras, este árbol litúrgico que parece un gran cirio de quieles llama verde, si no fuese por los plátanos, si no fuese por otras plantas tropicales esto recordaría a las vacas Galicia. Pero allá, en Teror, a cerca de 600 metros sobre el nivel del mar, el aspecto varía. El frondosísimo castañar de Osorio me recordaba más de un rincón de mi nativa tierra vasca. Y allí, en aquel castañar de Osorio, me tendré a la caída de una tarde hasta ver acostarse las colinas en la serenidad del anochecer. Es algo siempre nuevo, algo que siempre parece llevarnos a la fun-



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

CEDROS.USAL.ES

# En Gran Canaria

2-56

2



te de la vida, algo que nos invita dulcemente á confundirnos con la madre tierra.

Era la noche de San Pedro y al volver del castañar á la villa brillaban por doquiera las hogueras en las sombras de las montañas y se oía el resonar de los caracoles marinos mezclado al de las ranas. Y entramos en aquel Teror de sieglo, donde tan bien se duerme.

Allí, en Teror, está el santuario de Nuestra Señora del Pino, la consoladora de las aflicciones domésticas de los canarios. Es una imagen barroca, por la rudimentaria.

De mañana emprendimos la marcha á caballo para ir á visitar el valle ó barranco de Tejeda, una de las dos grandes calderas volcánicas de la isla. El camino va por entre barrancas donde á trchos cubre el suelo el huinil de codoso, en hondnadas alzan sus cabezas frondosas el castaño y el nogal, y en calchiadas vertientes ó entre rocas volcánicas prende tal cural miserable tabaiba. Hicimos alto en Valleseco, un pueblecito tendido en la falda de la montaña y que estaba engalanado por hallarse de fiesta.

Pasando senderos cortados á pico en abrumos y escarpados derrumbaderos dimos vista al valle de Tejeda. El espectáculo es imponente. Todas aquellas negras murallas de la gran caldera, con sus crestas que parecen almenadas, con sus roques enhiestos, ofrecen el aspecto de una visión dantesca. No otra cosa pueden ser las calderas del Infierno, que visitó el florentino. Es una tremenda commoción de las entrañas de la tierra, parece todo ello una tempestad petrificada, pero una tempestad de fuego, de lava, más que de agua. Iba acordándome de un pasaje del gran poeta catalán, de Verdaguer, en su «Canyó», cuando describiendo una de estas formaciones nos habla de los gritos horrores que debió lanzar la Tierra al partir en sus años juveniles una de estas sierras, de sus días de commociones—de «pernabretes»—de sus noches de gemir, hasta sacar á la luz esas entrañas igneas que al beso de la tempestad quedan fijas en rocas y en peñascos.

Aquí se advina lo que debió ser el terrible combate entre Vulcano y Neptuno, entre el dios del fuego y el dios del agua. Don Agustín Millares, en su excelente «Historia general de las islas Canarias» nos habla de «movimientos histéricos en el suelo, detonaciones horribles en los aires, espesas lluvias de hirviante arena que oscurecían la atmósfera, arroyos líquidos de fundida lava, cruzándose en todas direcciones, dislocaciones titánicas, valles, montañas, desfiladeros y barrancas en confuso desorden, se presentaban por do quiera, sobre su superficie, que un mar siempre en cólera azotaba con violencia.»

Saint Claire Deville, explicando la formación de las islas Canarias nos dice que «primero aparecieron al exterior las traquitas oligoclásicas, con las tobas y conglomerados que les son afines, constituyendo el núcleo central, luego siguieron los basaltos, llenando los puntos intermedios, y por último brotaron los mil y mil erupciones, cuyos conos cubren el archipiélago, inundándolo con sus lavas.»



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS USAL.ES

3-56

## En Gran Canaria



3

La ciencia geológica nos explica cómo se alzaron, entre violentísimas conflagraciones y titánicas tempestades, estas islas del fondo del océano, llevando consigo fósiles marinos, cómo siguió luego una época de descanso—y bien lo había menester la pobre tierra—en que el agua, el agua lenta y terca, el agua persistente, el agua que no descansa, hacia su obra, completando la del fuego. Porque si el fuego fué quien trazó las líneas generales de la tierra, quien desbastó su fábrica general fué el agua, la qué modeló sus contornos y sobre todo la que los revistió de su ornato de verdura.

En este período acuoso, neptuniano, de lenta labor, debieron formarse grandes lagos en las cerradas cuencas de estas enormes hendiduras ígneas, lagos alimentados por espesas lluvias que abrieron brechas en los acantilados de las costas.

Y allá lejos, por encima de las crestas en que se yerguen adustos, negros y encrespados los roques, se alzaba sobre un mar, no ya de agua, sino de niebla, la isla de Tenerife, cual visión celeste y dominándola el gigante atalaya de España, el pico de Teide. Era realmente un espectáculo que parecía sacarme de los estrechos límites en que caminaba aquel inmenso solio que se levantaba de entre los nubes. Diríase que estaba suspendido en el cielo. De tal modo un mar de niebla cubría y abrigaba al mar de agua. Y la vista reposaba en aquella visión como en algo que careciese de materialidad tangible, como en algo que había surgido para recreo de los ojos y sugerión del corazón. Algun lagarto asomaba en tanto por entre las rocas y algún cernícalo suspendía su vuelo sobre el abismo. Y en el fondo de éste no se oía bramar al agua.

Es, en efecto, uno de los más extraños efectos de esta tierra el de asomarse a una barranca y no ver el agua en el fondo de ella. El agua está acá y allá embalsada cuidadosamente por el hombre ó corre por camillós de acequia, obra también de la mano humana. Pero un río, un verdadero río, un río rumoroso, con sus cascadas, sus colas de caballo, sus remansos, sus rápidos, esto no se ve. Extraña impresión produce en esta misma ciudad de Las Palmas cruzar el puente del torrente del Guiniguada, que no es, en esta época del año por lo menos, sino un lecho pedregoso y negro por donde no discurre ni el más leve hilillo de agua. Y el agua es como el alma del paisaje; en ella se ven reflejados árboles y colinas y como que adquieren visión y conciencia de sí mismos.

Llegaremos al pueblo Artenara, un pueblo de cuevas colgadas de los derrumbaderos, sobre el abismo. Allí está la ermita de la Virgen de la Cuevita, iglesiuca tallada en la roca misma, de la que se han sacado el altar, el púlpito, los confesoriales. Todo ello de una sola pieza. Y no dejan de tener sus comodidades aquellas cuevas, cuidadosamente enjabelgadas, en que viven los vecinos de Artenara. Tal vez alguna de ellas sirvieron en otro tiempo de guarida a los guanches, que vivían en cuevas. Y en cuevas algunas de las cuales resultan hoy de no muy fácil acceso.



# En Gran Canaria

3-56

5



Pero los trogloditas modernos han procurado aíñenizar sus viviendas con tal cual refinamiento de industria ornamental. En estas cuevas muéstrase el atavío todo de una casa campesina; la vajilla en exposición, las paredes cubiertas de oleografías de santos ó de retratos de bellezas profesionales, tal cual Cristo en talla de madera, exangüe y sanguinolento á la vez. Dentro de su caja encristalada, fotografías de ausentes y sobre las cómodas y armarios juguetillos y baratos bibelotes de toda clase. Y anójaseme que ha de cobrarse un especial cariño, un afecto entrañado, á esta mansión abierta en la entraña misma de la tierra.

Allí, en aquel formidable retiro de Artenara, me encontré con un catalán que llegó a él, hace treinta años, desde la riente plana de Vich. Se casó con una de las hijas de las cuevas, y allí se quedó á ganarse y gastarse la vida, frente á las convulsas rocas. ¡Treinta años en aquel desierto! Hace unos diez salió una temporada, viéndose con su hija á recorrer España, Francia e Italia, á restregarse el espíritu con la obra de la civilización europea, y volvió allá, á su retiro de Artenara, al rincón que con su trabajo ha conquistado. ¡Toda una vida! Y á todo el que por aquellas abruptas soledades pasa le atiende y le agasaja don Segismundo, que así se llama, como el héroe de «La vida es sueño». ¡Y qué sueño el de la vida sobre aquel abismo pétreo!

Por entre barrancas de nuevo, dando un rodeo, tornamos á Teror. Era de noche ya cuando atravesábamos el castañar de Oseorio.

Al día siguiente, después del sueño intranquilo y agitado que sigue siempre á estos sacudidas de cuerpo y de alma—pues la novedad de las visiones causa más aun que el ajetreo del caballo—emprendiamos marcha, á través de lo que llaman la Montaña, á la quebrada de los Tilos. El camino es riente, festoneado casi todo él de verdura y de árboles.

Allí, en aquella casita blanca, que no es sino una cueva adornada y arreglada, vive el «masón», me dijeron. Y el masón no es sino un buen hijo del país, vuelto de Cuba, donde hizo alguna fortuna, tal vez expendiendo leche, y que vive allí en su nativa cueva que ha exornado y embellecido, solo, sin tratarse con nadie, envuelto en sus recuerdos, protegiendo acasa su soñarrera, y á quien tan sólo porque no oye misa se le llama el masón. No se trata con nadie, evita el comercio humano, atiende y testeja á quien acierta á visitarle en su retiro, pero si luego le encuentra, ni aun lo saluda. Toda una vida también como la de D. Segismundo, el de Artenara. Y tal vez estos rincones no se han hecho para otra clase de vida. ¿Quién acierta? ¿quién sabe vivir? No cabe aquí sino aquella nuestra castiza frase, tan castiza que hay escritores extranjeros conocedores del español que se han creído obligados alguna vez a tomárnosla, y decirnos nosotras y en nuestro romance: ¡quién sabe...!

Bajamos á los Tilos desde la finca de San Fernando por un abrupto atajo. Y allí, en el fondo, una riqueza de frondosidad. Y un arroyo, un verdadero arroyo, con agua



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS-USAL.ES

# En Gran Canaria

3-56

5

fresca, rumorosa y corriente. En ella hundí mis pies ensordecidos y en el chorro de una fuente chapucé mi cabeza. ¡Qué lejos del mundo en aquella quebrada de los Tilos, entre los tilos y eucaliptos! Era como un aislamiento más en el aislamiento de esta Isla. Obscura capa de arbustal reviste las vertientes de la barranca. El rumor del arroyo y el canto de los pájaros son el tic-tac del reloj de la vida. Se sienten ganas de quedarse, de quedarse a olvidar... ¿a olvidar? Tal vez más bien a recordar. ¿Quién sabe!... Pero los cuidados lo persiguen a uno a donde quiera como las erinias, las furias, a Orestes. ¡Hay que volver! ¡Hay que volver, es decir, hay que seguir viviendo! Mañana espera; espera ose terrible mañana, que es el eterno misterio. No poder quedarse en una de estas quebradas, junto al arroyo, bajo los tilos que forman como una vasta catedral viviente, con sus miles de columnas y su bóveda de follaje, no poder quedarse allí, en un hoy perpetuo, sin ayer y sin mañana!

Tuvimos que volver a Toror, á la villa recogida y plácida, que sueña entre sus montañas.

Y luego, otra vez á Las Palmas, por la polvorienta carretera. En este terreno volcánico, de lavas deshechas, y con lo poco que llueve, las carreteras son singularmente polvorientas. Este polvo ocasiona dolencias de los ojos y estropes un poco, muy poco, las excelentes ventajas del clima. Una carretera cuesta aquí triple que en la península y su conservación se hace mucho más difícil.

Todo el mundo habla aquí de la explotación del clima, que es, realmente, delicioso. Una de mis satisfacciones egoistas y malignas en estos días es imaginarme el calor que estarán ahora pasando mis conciudadanos de Salamanca. Aquí, desde que llegóé hace ya quince días, apenas se ha quitado el toldo de nubes con que el mar piadoso nos preserva de los furores del sol implacable. Hay brisa casi continua. Pero hay gentes también que se preocupan de pensar si este tempero constante, si esta eterna primavera, si esta igualdad de clima, no será una de las principales causas, tal vez la mayor y más importante, de este especial enervamiento de espíritu, de esta hemorrágia nerviosa, que llaman aplatanamiento. Yo, por mi parte, no creo que proceda del clima material ó físico, sino más bien del clima moral, del estado de los espíritus. Y si se me dijera que el clima moral depende del material, que el estado de los espíritus procede del estado de la tierra, diría que más bien que de la temperatura depende esto del aislamiento geográfico. El aplatanamiento, la soñarría, se curaría merced a comunicaciones más rápidas, más frecuentes y más intensas, sobre todo más intensas, con España y con el resto de Europa y con América. A estas gentes les hace falta, como les he dicho en público, interesarse más por los grandes problemas nacionales, europeos, mundiales, lo cual les desinteresaría de sus vecinos problemas insulares, de sus rivalidades de Isla á Isla.

Este pueblo de Las Palmas es un pueblo en su crisis de crecimiento, con todos los fenómenos que á ella acompañan, un pue-



# En Gran Canaria

3-56

6



blo que empieza á entrar en la pubertad civil, que apenas si comienza á adquirir conciencia colectiva pública de ciudadanía. Y en el fondo tal vez los efectos de la honda crisis económica que a la del acrecimiento acompaña. Han empezado ya las huelgas de los obreros cargadores—de carbón y de carga blanca—del puerto de la Luz; huelgas que podrán llegar á ser una sacudida en la conciencia pública y que acaso eviten el que esta hermosa ciudad española, hinchida de promesas y esperanzas, llegue á ser una gran factoría mediatisada por unas cuantas casas extranjeras. Porque mete pavor en cualquier corazón de español patriota el oír cómo se habla aquí de «las casas». Y esas casas tratan á sus obreros españoles, canarios, como acaso se guardarían muy bien de tratarlos si fuese en su tierra. Esta es en donde quiera nuestra desgracia.

Y en tanto, mientras poderosas casas extranjeras, inglesas, alemanas, francesas ó belgas, explotan en nuestra tierra nuestros recursos, están en España los bancos abarrotrados de dinero, y hay quienes se hallan á la espera de cuálquier deheza por vender para comprarla, capitalizada su renta, ¿quién sabe? al tres, al dos ó tal vez al uno. ¿Es que no hay capitales españoles para independizarnos de esa bochornosa tutela económica de los de fuera? Si, capitales españoles hay, pero lo que hay sobre todo es la singular cobardía del capitalista español. En esta tierra de jugadores, raro es el que se decide á arriesgar su fortuna en una empresa industrial ó mercantil. Sobre una carta, sí; sobre un negocio, ¡no!

El cólera, el año 1851, precedido del hambre, fué acaso la primera sacudida del despertar de esta ciudad y con ella de la isla. A toda gran calamidad de esta índole, á toda epidemia, suele seguir un período de actividad, como si se quisiera recobrar la energía perdida. Las fuentes de la vida engrosan su ahorro. Y así, aquí se siguió una nueva vida á aquel terrible azote. Viniieron los puertos fracos, la construcción del puerto de la Luz, el cultivo de la cochinchilla, que inundó de riqueza á la isla, y tanto se agitaba el viejo pleito de la división de la provincia, la vieja rivalidad entre la ciudad de Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife. En 1858 se restableció la división de 1852 entre el regocijo de Las Palmas y la indignación de Tenerife. Pero la guerra de África de 1860 hizo que estos isleños olvidaran por un tiempo sus intestinas disensiones. Por este mismo tiempo la cochinchilla era oro. Y de nuevo hizo acallar sus discordias interinsulares la gestación y el estallido de la gloriosa revolución de septiembre de 1868. El pueblo canario volvió á palpitar con las palpitaciones de la madre patria. Todo parecía despertar. Se expulsó á los jesuitas del seminario de Las Palmas, se exclaustró á las monjas de San Ildefonso, y en Tenerife se instalaba en la Laguna una escuela libre de derechos y se expulsaba también á las monjas de la Orotava. Durante el breve período de la república los diputados canarios se comprometieron á proponer y sostener que el estado (sic) de Canarias se subdividiera en dos subestados y en el caso de que la comi-



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

# En Gran Canaria

3-56

7

sión se opusiera á ello que turnara la dictá entre las islas de Tenerife y Gran Canaria. Lo firmaba, en primer lugar, D. Nicolás Estebanéz, el que como poeta tiene por patria la sombra de un alféndro muy lejos del cual vive, y D. Fernando León y Castillo, nuestro embajador en París, y el actual gran cacique y amo político de esta isla.

Con la Restauración volvió la soñarrera. Pero durante ella, en 1882, se inauguraron las obras del gran puerio de refugio de la Luz, porvenir de esta ciudad y de la isla toda. Y empezó la verdadera nueva vida.

Durante nuestras tristes guerras coloniales y la otra, la que no debe mencionarse, los canarios mostraron lo acendrado y puro de su patriotismo español.

La guerra del Transvaal fué una fuente de riqueza para esta tierra como la de Crimea lo fuera para toda España, donde aun se dice: lluvia, sol y guerra en Sebastopol.

Y es ahora, cuando la paz empieza á consolidarnos, cuando vamos curándonos del desangre de Cuba y Filipinas, cuando parecen abrirsenos un porvenir en África, en esa África á que geográficamente perteneceen estas islas, es ahora cuando vuelven á agitar sus intestinas disensiones y renuevan el pleito de la división. Mas no me cabe duda de que cualquier commoción general de España, cualquier peligro de la patria común, relegaría ese pleito aquí mismo al lugar más secundario que le corresponde. El pleito grande aquí es el de

hacer ciudad, el de hacer ciudad en esta avanzada de España sobre América y sobre África, en esta portalada de América para España y para Europa.

Los que alguna vez vengáis á Europa—es decir, no sé si en rigor es desde Europa desde donde ahora escribo—los que al cruzar el Atlántico os detengáis un momento en este mesón puesto en una encrucijada de caminos de los pueblos, no dejéis de echar pie á tierra en él, y si disponéis de tiempo internaos en la isla. No perderéis el tiempo. Os lo asegura.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

CEDROS USAL ES